

la simple prudencia política y también por el deseo de no dejarse llevar siempre á remolque de la Rusia.

Al tratarse del reconocimiento del emperador de los franceses en la confederación alemana, se manifestó como siempre la ninguna homogeneidad de esta colectividad. Los Estados medianos se quejaron de no haber sido admitidos á tratar del reconocimiento general; el ducado de Nassau y la ciudad libre de Francfort se apresuraron á reconocer al nuevo imperio apenas se les anunció su proclamación. El señor de Bismarck-Schonhausen, que presidía entonces la dieta, escribió con su sagacidad política penetrante al presidente del ministerio prusiano, Manteuffel: «Ambos actos patentizan al parecer la flojedad del lazo que tiene reunidos en época de peligros á estos Estados pequeños; y si bien la conducta de Inglaterra ha demostrado que los gabinetes europeos no procederían de acuerdo en todos los casos importantes respecto del nuevo imperio, la conducta de Nassau y de Francfort prueba un desconocimiento lamentable de su posición política y de sus deberes como miembros de la confederación germánica. Ambos Estados, obrando con tan grande sigilo, han demostrado que conocían lo inconveniente de su proceder (1).» En 17 de diciembre escribió Bismarck que había dicho al señor de Wendland, embajador de Baviera en París, al visitarle éste en Francfort, que aun suponiendo que no existiesen dificultades, no le parecía digna ni en concepto de mera forma una modificación precipitada de los tratados de Viena, sancionados por toda la Europa con una solemnidad enteramente especial; y como esta precipitación podía atribuirse á temor, daría lugar á nuevas y mayores exigencias. Esta observación era tan acertada que el embajador francés en Francfort, el marqués de Tallenay, convino en que semejante precipitación animaría á una parte de la opinión pública á impulsar á mayores exigencias al partido de la paz, al cual pertenecía, según él, el jefe del Estado (2).

También es característico de aquella situación que el entonces nombrado embajador austriaco cerca de la Dieta, Prokesch-Osten, dijera á su colega prusiano en 1.º de febrero de 1853, apoyándose en la autoridad del príncipe de Metternich, que en ningún tiempo se había presentado el porvenir de Europa tan amenazador como entonces, porque en su opinión, si el emperador fuese derribado, serían los rojos el único partido preparado y consolidado para sucederle, y si Napoleón se consolidase en su posición, se ensorbercería, según él le juzgaba, conociéndole personalmente, y la nueva emperatriz, en lugar de enfrenar su soberbia, la excitaría más (3). Esta era una profecía muy repetida por el amigo paternal del duque de Reichstadt, cuya entronización había esperado ver realizada (4).

Este período que los sucesos posteriores hicieron doblemente interesante fué cerrado con un despacho notable que el ministro de Negocios extranjeros del gabinete francés, Drouyn de Lhuys, dirigió á principios del año 1853 al general Castelbajac (5), y en el cual decía que los representantes de las potencias del Norte habían presentado las cartas de sus respectivos soberanos que les acreditaban cerca del gobierno francés; que estas cartas eran enteramente correctas,

(1) Carta particular al caballero Manteuffel, sobre la cuestión del nuevo imperio francés; lleva la fecha del 12 de diciembre de 1852 y se encuentra en la obra de Poschinger: *Preussen im Bundestag*, Leipzig, 1882, págs. 165 y 166.

(2) Véase la carta particular de Bismarck á Manteuffel.

(3) Carta particular á Manteuffel, en la obra de Poschinger, tomo I, págs. 189 y 190. La carta es del 2 de febrero de 1853.

(4) *Mes relations avec le Duc de Reichstadt, par le comte de Prokesch-Osten*. París, 1878.

(5) *Les quatre ministères de monsieur Drouyn de Lhuys, par le comte Bernard d'Harcourt*. París, 1882, págs. 64 á 71.

pero que la de Rusia había dado lugar á explicaciones, pero que si bien estaba redactada en los términos más propios y benévolo, no daba al emperador el tratamiento de hermano que entre testas coronadas era costumbre. El Sr. de Kisseleff se había apresurado á explicar esta diferencia asegurando que no tenía otro fundamento sino la diferencia de principios que á los dos gobiernos servían de base, viniendo á ser todo en el fondo «una cuestión arqueológica» que se refería al origen de la soberanía rusa, cuya constitución prohibía considerar como hermanos á soberanos cuyo origen se fundaba en otros principios, como el de la voluntad nacional. Según el Sr. Kisseleff no podía encontrarse nada de ofensivo ni de malévolo en un acto que solo era efecto de un respeto obstinado á tradiciones históricas. El gobierno ruso no pedía del francés más de lo que él daba, y admitiría sin reserva de los representantes franceses credenciales redactadas en la misma forma y en los términos empleados por la cancillería de San Petersburgo; de suerte que los tratamientos entre las dos cortes tendrían por base la mutualidad, y si el emperador de Rusia no podía tratar de hermano al de Francia, le había expresado en la carta credencial en otros términos sus sentimientos afectuosos, que ya le había manifestado mucho antes, en apoyo de lo cual había citado el representante ruso todas las ocasiones en las cuales el emperador Nicolás se había complacido en dar al emperador de los franceses pruebas de su consideración y amistad cordial. A esto había añadido el embajador ruso que su soberano había manifestado de nuevo su modo de pensar en una carta confidencial que recientemente había hecho entregar por medio del embajador al emperador, con orden al embajador de pasar inmediatamente á París para asistir á la inauguración del imperio. «He observado al Sr. de Kisseleff, continúa diciendo Drouyn de Lhuys en este despacho, los peligros del sistema expuesto por él, y tan opuesto á la regla admitida y á las tradiciones de su propio gobierno; usted formula, le he dicho, distinciones entre las soberanías. Estas distinciones no existen para nosotros, y quererlas introducir equivale á querer arreglar las relaciones internacionales conforme al derecho público particular de un Estado, es decir, á reemplazar el derecho internacional, creado para la seguridad de todas las potencias, con el derecho público creado para el gobierno interior de una potencia en particular. Esto puede llevar la confusión á las ideas y el desorden á las relaciones internacionales. ¿Qué se hace obrando así? Se hace propaganda. Pues bien, la propaganda es peligrosa para todo el mundo, y la experiencia enseña que debe evitarse. La Francia quiso en 1792 poner fuera de la ley á los Estados que no querían adoptar sus principios particulares. ¿Querrá hacer hoy la Rusia otra propaganda? Antes de entrar en esta senda es preciso examinar adónde conduce. Si Rusia quiere hacer propaganda á favor de ciertos principios, retardará á otros Estados á hacerla á favor de principios opuestos. ¿Qué resultará si los gobiernos nacidos de la voluntad nacional se ponen á luchar con los gobiernos que tienen otro origen, para encumbrar sus principios? Usted dice que no pide del emperador de los franceses más de lo que el soberano de usted da á éste, y usted llama á esto mutualidad; pero este es un error manifiesto, porque, ¿en qué consiste la mutualidad? En la concordancia de las partes; y cuando esta concordancia no existe, quedan por una parte un acto individual y por la otra las represalias; entonces ya no rige la ley de mutualidad, sino la del talion. Pues bien, las represalias y la ley del talion no son leyes que conviene seguir cuando se tiene el propósito serio de vivir en buena armonía y mantener relaciones amistosas. La ley que rige en el caso presente es la del uso, y el uso quiere que los soberanos se

traten como hermanos. ¿Quiénes son ahora los intérpretes naturales de las tradiciones? Las cortes más antiguas de Europa. Permítame usted que le diga que la corte de San Petersburgo es todavía muy joven para poder ser en esta cuestión una autoridad decisiva. Esta observación no puede ofenderle á usted, porque es una prueba de que la dinastía de su soberano ha sabido realizar en poco tiempo cosas grandes; pero si las casas de Borbon, de Austria y de Sajonia reciben voluntariamente como hermano al soberano de Francia, ¿cómo puede tener la Rusia escrúpulos y suscitar «cuestiones paleográficas?» Ella es la única de todas las potencias europeas que se coloca fuera de la regla. Se aísla cuando todos los gobiernos se unen para robustecer el lazo de la buena inteligencia que los tiene unidos. Hace poco, al tratarse de la designación de *tercero* que ha adoptado el emperador, el soberano de Rusia no podía ver sin repugnancia, por respeto á la memoria de su hermano, que se condenaran y anularan actos en los cuales tuvo participación este monarca en otra época; ¿por qué, pues, la autoridad del emperador Alejandro no merece en la cuestión que nos ocupa igual respeto á su sucesor? ¿No trató el emperador Alejandro de hermano á Napoleón I, que debió su corona á su mérito personal y á la voluntad del pueblo? ¿Por qué el emperador Nicolás, que tan fiel se mantiene á recuerdos que para nosotros son amargos, no quiere acordarse de tradiciones que nos son agradables? ¿Es quizás porque Napoleón I unió á los tres millones de votos del pueblo la magia de muchas victorias? Hacer semejante distinción no sería ni justo ni prudente.»

Este despacho, que destinado solo al embajador francés para su gobierno, tiene principalmente valor histórico, dice al final que Napoleón III había decidido no cuidarse más de la irregularidad de las cartas credenciales. Esta cuestión puede ser considerada como el preludio del gran drama que le siguió, que ha tenido ocupado al mundo durante muchos años y cuyas consecuencias no pueden calcularse todavía hoy.

## CAPITULO II

### LOS PROTECTORADOS DE FRANCIA Y RUSIA EN ORIENTE Y LA CUESTION DE LOS SANTOS LUGARES

Luis Napoleón se ve en el caso de realizar su primer acto notable de gobierno en un asunto antiquísimo de la monarquía francesa. — Relaciones antiguas de Francia con el Oriente y con Turquía. — Francisco I y Soliman. — Las capitulaciones. — Posición distinguida de Francia en Oriente como protectora de intereses religiosos, nacionales y mercantiles. — Abuso de la idea del protectorado y lo que son las capitulaciones. — La población de Jerusalén. — Estado y número de santuarios á mediados del siglo XIX. — Los católicos, los griegos ortodoxos y otras comunidades religiosas en el Oriente. — El tratado de amistad y de comercio del año 1535. — Historia de las capitulaciones durante tres siglos. — Las embajadas francesas bajo la monarquía antigua. — D'Arvioux y Nointel precursores de Menschikoff. — Las capitulaciones generales de 1740. — Los títulos y fundamento del derecho de los ortodoxos. — El tratado de Kuchuk-Kainardji y el derecho del protectorado que Rusia funda en este tratado. — Adquisición de santuarios católicos por los griegos. — Estadística de la iglesia ortodoxa en Rusia y Turquía. — El patriarcado griego y el católico. — Las pretensiones francesas durante la primera revolución y bajo el reinado de Luis XVIII. — La monarquía de julio y la cuestión maronita del Líbano. — La monarquía de julio se ve obligada á dirigir la contienda por los Santos Lugares. — Pio IX restablece en Jerusalén el patriarcado católico. — Sus esfuerzos para acabar con el cisma en Oriente. — Eugenio Boré y su lucha contra las extralimitaciones de los ortodoxos. — Polémicas griegas y turcas. — El general Aupik lleva el asunto por encargo del gobierno francés á Constantinopla. — El gobierno de Austria toma también parte en la contienda á favor de los derechos católicos. — La comisión mixta nombrada por el gobierno turco decide en favor de los católicos. — Carta del emperador Nicolás al sultan pidiendo la conservación del *statu quo*. — Nombramiento de

la comisión de ulemas, que decide á favor de los ortodoxos. — Condescendencia del gobierno francés y aumento de las pretensiones rusas.

Quiso la suerte que el primer acto político importante del segundo imperio no tuviese por móvil un plan napoleónico, sino uno de los asuntos más antiguos de la política francesa: la protección de los Santos Lugares en Oriente. Las relaciones de los países católicos con el Oriente mahometano arrancan desde una época muy remota de la Edad media; pero solo desde la fundación del imperio turco empiezan á ser seguidas las relaciones entre Europa y el Oriente mahometano. Por lo pronto se siguieron por parte de Francisco I de Francia, el cual, como se sabe, solicitó el auxilio de Soliman el Grande contra el emperador Carlos V (1), y obtuvo, tratándose de intereses mutuos, ciertos privilegios relativos á la seguridad del comercio y de los peregrinos. Estos privilegios recibieron el nombre de «capitulaciones» y han sido la base del protectorado ejercido por la Francia sobre los comerciantes, viajeros y monjes (europeos) durante su estancia en Oriente. De suerte que la protección que Francia, con gran beneficio propio, pudo conceder á los cristianos en Oriente tiene por origen una alianza que nada tenía de cristiana; lo que nada quita á su importancia histórica y á la gran influencia que tuvo en la marcha de la civilización. Con razón se ha dicho que la reunión de los documentos referentes á las relaciones seculares de Francia con el imperio turco ha hecho descubrir un Levante francés (2). Gracias á las capitulaciones pudo la Francia amparar bajo su pabellón, conforme á su artículo 32 del tratado de 1740, hasta buques de naciones amigas suyas y enemigas del imperio turco, y que de consiguiente no tenían representantes oficiales en el imperio otomano. La influencia de Francia sobrepujó á la de Venecia, y sus embajadores y cónsules tenían la preeminencia sobre los de otras potencias en Turquía (3); pero también tuvo el gobierno francés gran cuidado de no dejar pasar aventureros al imperio turco, exigiendo antes de conceder el pase buenos certificados y una garantía en dinero que los solicitantes debían depositar en la cámara de comercio de

(1) La primera súplica de auxilio fué dirigida á Soliman por la regente Luisa de Saboya cuando Francisco I estaba prisionero; pero el encargado de esta misión fué asesinado con todo su acompañamiento en Bosnia. A fines del año 1525 el conde Juan Frangipani presentó al sultan una carta de Francisco I en que éste proponía á aquél una alianza contra Carlos V. La contestación del sultan, escrita á mediados de febrero de 1526, dice que Frangipani explicará al rey verbalmente la opinión del sultan para evitar al parecer el extravío de todo documento escrito. La respuesta del rey, escrita en latín, ha sido publicada por Champollion-Figeac en su obra sobre la prisión de Francisco I; pero no fué enviada á su destino, según opinan Charriere, de cuya obra hablaremos luego, y Zinkeisen. En esta carta del rey se dice: «Hemos sentido un vivísimo placer al ver la extraordinaria magnanimidad de tu corazón que te ha inducido á prometernos en nuestra situación tan afflictiva tu auxilio y el apoyo de todas tus fuerzas.» El baron de Teste dice en su *Recueil des traités de la Porte Ottomane*, París, 1864, tomo I, pág. 6, que según sus investigaciones, no fué escrita esta carta de Francisco I, como se cree, en Bayona, sino en París, en el mes de abril de 1526, y confirma de todos modos, aun dado caso de que no hubiese sido enviada á su destino, las promesas dadas por el sultan á Frangipani. La colección de Teste da por lo demás noticias interesantísimas sobre esta alianza.

(2) *Négociations de la France dans le Levant, ou Correspondances, Mémoires et Actes diplomatiques des Ambassadeurs de France à Constantinople et des Ambassadeurs, envoyés ou résidents à divers titres à Venise, Raguse, Rome, Malte et Jerusalem, en Turquie, Perse, Géorgie, Crimée, Syrie, Egypte, etc., et dans les Etats de Tunis, d'Alger et de Maroc, publiés pour la première fois par E. Charriere*, París, *Imprimerie Nationale & Imprimerie Impériale*, 1848-1860, 4 tomos, introducción, pág. LXIII. Es esta una de las obras más importantes sobre las relaciones francesas con el Oriente.

(3) Art. 17 de las *Capitulaciones generales de 1740*.

Marsella. Esta disposición fué suprimida en 1833 y la consecuencia fué una invasión de aventureros y tunantes en los principados danubianos (1). De estas relaciones de Francia con el imperio turco viene que en el Levante se llama á todos los europeos *francos*, cualquiera que sea su nacionalidad. Este llamado protectorado francés, tan estrechamente ligado á importantes cuestiones políticas, duró tres siglos; y estudiándolo aun despues, cuando las influencias de Rusia é Inglaterra se habían sobrepuesto á las francesas, se descubre que la expedición de Bonaparte al Egipto dejó en este país elementos de la civilización francesa, y que hasta la conquista de Argelia, si bien efecto de un suceso casual, tenía ya raíces antiguas en la política francesa (2).

Pues bien; por diferentes partes se ha hecho grandísimo abuso de la palabra «protectorado» en este asunto. Las capitulaciones no son tratados políticos internacionales, sino privilegios que concede una potencia y cuya revocación ó anulación pueden ser causa de guerra; solo la alianza pactada por Francisco I en 1535 tiene carácter sinalagnático entre las diversas concesiones que se han hecho á la Francia hasta el año 1802; pero como las capitulaciones concedidas á Francia despues del año 1535 confirman el tratado de este año, se comprende que la diplomacia turca de nuestros tiempos se sirva de la palabra «tratados» cuando habla de pretensiones francesas. A consecuencia del estado de barbarie en que se hallaba el imperio turco se extendían las capitulaciones francesas á todas las manifestaciones del comercio y trato internacionales, con innumerables pretensiones y repeticiones, dictadas por el deseo de dejar bien definidos el alcance y extensión de los privilegios, que parecen provocados por sucesos ocurridos y que obligan á admirar la previsión de la diplomacia francesa de aquellos tiempos, que nada olvidó desde las inmunidades de los embajadores, la navegación, las seguridades contra la piratería, lo relativo á los peregrinos, á la pesca en general y la de coral en particular, á la situación de los protegidos de la Francia y á los naufragios. En fin, hasta las ocurrencias mas insignificantes están previstas. La Sublime Puerta jamás ha revocado estas capitulaciones; pero solo en el tratado de paz de 1802, firmado en París, recibieron carácter internacional en su conjunto. En este concepto, pues, avanzó el gobierno ruso al francés, á pesar de sus relaciones mas modernas con Turquía, cuando celebró con ésta el tratado de Kuchuk-Kainardji en 1774, en el cual se englobaron los privilegios concedidos anteriormente por la Puerta á Rusia. En ningún tiempo, sin embargo, existió protectorado alguno ni francés ni ruso que cercenara en lo mas pequeño los derechos soberanos del sultan. Y así lo prueban sin dejar lugar á duda los textos de las capitulaciones y de los tratados. En las relaciones con Francia prevalecía, tanto para el gobierno turco como para la cristiandad, algo como el uso; pero con Rusia había que prescindir hasta de la elasticidad del derecho consuetudinario, á fin de quitar á esta potencia todo asidero para sacar conclusiones temibles.

Las capitulaciones concedidas á Francia y á los católicos, lo mismo que las cartas de privilegio otorgadas á Rusia y á los ortodoxos, y finalmente los tratados que engloban todas

(1) *Annuaire des Deux Mondes*, 1850, pág. 816.

(2) Charriere dice en la obra ya citada, introducción, pág. 63: *Par la conquete d'Alger elle (Francia) est devenue immédiatement puissance orientale; et cette tentative, qu'on a pu croire conçue au hasard á propos d'une occasion futile, résulte d'une pensée politique qui á toujours été présente á sa diplomatie, et dont on pourra suivre la trace dans ce recueil; elle ouvre devant elle une de ces carrières dans lesquelles les peuples s'engagent sans savoir ou ils marchent, et par une impulsion instinctive plus forte que leur volonté.*

las concesiones anteriores, se relacionan mucho con Jerusalem y los Santos Lugares (3). Segun las descripciones de diferentes viajeros, contaba Jerusalem á mediados de nuestro siglo 16,000 y segun otros 20,000 habitantes, entre los cuales se contaban 2,000 cristianos cismáticos griegos, 1,000 católicos, 350 armenios, 100 coptos, 20 sirios, 20 abisinios y 40 protestantes. Los mahometanos han destruido parte de los edificios construidos en siglos pasados en los sitios relacionados con la vida y pasión de Cristo; otra parte se ha desmoronado por incuria; algunos edificios han ocupado los turcos, como la casa de Pilato, que ha sido transformada en cuartel; la cárcel de San Pedro era propiedad de un curtidor turco, y así varias iglesias. Entre los edificios que son y han sido siempre objetos de veneración por parte de los fieles de las diferentes confesiones cristianas, conviene citar en primera línea: la iglesia de Belen, llamada del Nacimiento; la iglesia de Siquem, completamente destruida, edificada por Santa Elena sobre la fuente de Jacob; la de Caná, elevada en el sitio donde Cristo transformó el agua en vino; la de Tiberiade, erigida en el sitio donde San Pedro recibió sus poderes; la de la Purificación de la Virgen, que Justiniano hizo construir en el emplazamiento del templo de Salomon y que los turcos han transformado en mezquita; la iglesia de los Azotes en Jerusalem; la del Santo Sepulcro; la iglesia de los Apóstoles en el Monte Sion; la de la Ascension en el Monte Oliveto, que como la anterior está en poder de los mahometanos; la iglesia de la Virgen en Getsemaní, y la gruta de la Pasión en el mismo sitio. Además de estos lugares principales de peregrinación existe en territorio turco un gran número de lugares santos menos importantes, tanto que la Iglesia católica ha concedido, á excitación de los franciscanos, indulgencia plenaria ó parcial á mas de 200 lugares de veneración (4). A todos estos lugares hay que añadir la multitud de conventos, la mayor parte unidos á aquellos, y otros establecimientos de las diferentes comunidades religiosas. En la mayor parte de las citadas iglesias principales hay á su vez santuarios especiales, como altares, capillas, grutas, etc., que se hallan en poder de una ú otra ó de varias sectas cristianas, como propiedad particular ó comun; aunque la posesión de estos santuarios se reduce al derecho de la secta poseedora á adornar aquel lugar con tapices y encender lámparas, sin que tenga el de impedir que miembros de otras comunidades hagan allí sus oraciones. A pesar de esto la posesión de esta ó estotra piedra ó santuario ha sido desde siglos motivo de infinitas disputas y riñas sangrientas entre los cristianos en la tierra de promisión, particularmente entre los dos grupos principales, el de los cristianos cismáticos griegos y el de los católicos romanos; porque los armenios, coptos, sirios, abisinios, nestorianos, georgianos y maronitas, que poseen pequeños santuarios en la iglesia del Santo Sepulcro ó á su alrededor, han formado siempre grupos tan pequeños que no han podido medir sus fuerzas con los dos antedichos. Las autoridades locales turcas apenas han visto al parecer en estas contiendas mas que un medio de sacar buenas propinas para sí; y el gobierno turco, si bien se ha aplicado siempre á zanjar estas contiendas por fallos del juez local ó por decretos gubernativos, no ha podido evitar que estos fallos

(3) Véase mi *Mémoire sur la question des Lieux saints*, en el apéndice de la *Histoire diplomatique de la crise orientale de 1853 á 1856, d'après des documents inédits*, Bruselas, 1858, y la traducción de mi *Discurso turco*, publicado en 1857 en Leipzig.

(4) Las listas completas de estos lugares, que discrepan en algunos puntos, se encuentran en la obra *Mel de Petra*, escrita por el fraile franciscano Patrice, y en la titulada: *Les Saints Lieux*, París, 1851-1857, escrita por Mislin, prelado húngaro, que repite lo dicho en la *Elucidatio terre sancte*, publicada por Quaresmius en Amberes en 1639.

resultaran con el tiempo contradictorios, segun habían prevalecido en su redacción la indiferencia, el capricho, consideraciones políticas y en muchos casos el soborno.

Las pretensiones francesas que se fundan en circunstancias anteriores al dominio turco, no tienen en rigor ningún peso, porque los turcos al enseñorearse de la Tierra de Promisión no tenían ninguna obligación de respetar conquistas hechas anteriormente por los cristianos ni de reconocer concesiones hechas á éstos por soberanos mahometanos anteriormente al dominio turco; pero aun así, los católicos como los cismáticos griegos se han apoyado siempre en los hechos y sucesos de siglos remotos para justificar sus pretensiones. Verdad es que pretensiones así apoyadas no tienen valor internacional bajo el concepto del derecho, pero son elementos que existen y mueven á los pueblos y hasta los empujan con frecuencia á la guerra. Ya á fines del siglo x el papa Silvestre II, el sabio benedictino Gerbert, que debió su elección á su inteligente discípulo Oton III y fué el primer papa francés, había levantado su voz para pedir auxilio á favor de los santuarios de Levante, que estaban en situación angustiosa. Aquella misma voz resuena todavía hoy en toda la cristiandad al hablar en nombre de Jerusalem, cuando dice: «Aunque hoy derribada, me debe el mundo mucho. He tenido en mi recinto los oráculos de los profetas y de los patriarcas; los apóstoles, las lumbreras del mundo han salido de mi seno; de mí vino el Salvador del mundo (1).» Todavía hoy recuerda Francia con orgullo la gran participación que tuvo en las cruzadas, y que nobles franceses erigieron tronos en Jerusalem y Constantinopla cuando los elementos de los cuales nació posteriormente el imperio ruso vivían sumidos en la barbarie. Todavía recuerda que un Guido de Lusignan, despues de haber perdido su trono de Jerusalem, consiguió de Saladino la conservación de los santuarios cuya destrucción habían aconsejado al sultan sus servidores, y que muchos franceses, entre ellos no pocos mártires, han honrado la órden de San Francisco, custodio fidelísimo del Santo Sepulcro durante cinco siglos.

Como ya hemos dicho, el verdadero derecho internacional de las pretensiones francesas data del primer tercio del siglo xvi, en cuya época se movía ya enérgicamente el elemento cismático griego; y no obstante la opresión de los turcos, trabajaba enérgicamente para expulsar de sus muchos santuarios, conventos y demás establecimientos á los frailes franciscanos.

La-Forêt, el primer enviado diplomático francés en Constantinopla, al firmar el tratado de amistad y de comercio en febrero del año 1535 obtuvo la confirmación de privilegios relativos á los Santos Lugares; y poco tiempo despues pudo dar remate á un tratado de alianza segun el cual la Sublime Puerta se obligó á hacer la guerra á Hungría y Nápoles, debiendo la Francia atacar primero la Lombardía (2). En el

(1) Por una coincidencia curiosa se erigió á este papa Silvestre II un monumento en Aurillac, su ciudad natal, en Auvernia, cabalmente en el año de 1851, cuando el asunto de los Santos Lugares estaba otra vez conmoviendo á Europa.

(2) El tratado de amistad y de comercio de 1535, el único instrumento sinalagnático anterior al año 1802, pues que en él se citan como plenipotenciarios por una parte Juan La-Forêt y por otra el seraskier Ibrahim, ha sido publicado por Charriere y despues de él, con algunas aunque pocas diferencias de estilo, por Teste. En el archivo del ministerio de Negocios extranjeros de París, en la Biblioteca Nacional y en la del Arsenal de París existen traducciones de este documento. Estas traducciones nada contienen relativo á los Santos Lugares, sino únicamente un pasaje que dice que jamás serán molestados en materia religiosa los que se hallen bajo la protección de Francia; pero Teste prueba en el tomo I, pág. 22, de su obra que en el tratado cuyo análisis hace Mouradjea-d'Ohsson en su *Tableau général de l'Empire ottoman*, París, 1791, hay siete artículos mas, de los cuales el quinto estipula que los

reinado de Enrique II consiguió el enviado francés La Vigne entre otras cosas, mejor tratamiento de los peregrinos de todos los países católicos, y en 1559 obtuvo un decreto imperial muy ventajoso para los católicos.

No solamente los cismáticos griegos, sino también los armenios trabajaban para expulsar á los católicos de los santuarios de Jerusalem y de Belen, lo que indujo á Luis XIII á enviar en 1621 á Constantinopla al baron Deshayes de Courmenin, que murió ajusticiado despues á excitación de Richelieu. Deshayes llevó 400,000 francos, suma entonces muy considerable, para la restauración y conservación de las iglesias de Jerusalem y de Belen; y á pesar de las intrigas de los opulentos armenios obtuvo un firman importante que confirmó los antiguos privilegios de los católicos, con el cual marchó á Jerusalem, expulsó á los armenios é instaló un cónsul francés (3).

Mas importantes fueron los resultados que la Francia consiguió en tiempo de Luis XIV. Habíanse enfriado considerablemente las relaciones de este país con Turquía á consecuencia del auxilio que el gobierno francés había prestado á los venecianos en Candía, por cuyo motivo no dió el resultado apetecido la marcha á Constantinopla, como enviado extraordinario, del caballero D'Arvieux con la misión de hacer confirmar y ampliar las capitulaciones antiguas. Con este motivo este diplomático remitió en 24 de setiembre de 1672 á su soberano una memoria que tiene un grandísimo interés histórico porque describe una situación entre su gobierno y la Turquía que se asemeja mucho á la que casi dos siglos despues existió entre este último país y la Rusia. El gran visir no admitió siquiera la carta que el embajador estaba encargado de entregarle. «El sultan, dice D'Arvieux en su relación, tolera que el rey de Francia proteja á los católicos latinos, pero no que se entrometa en los asuntos de los cristianos súbditos de la Puerta. El gran visir consiente en conceder en las capitulaciones nuevas que los extranjeros que lleguen á Turquía bajo la protección francesa sean considerados y tratados como franceses, sin que sea obligatorio, como lo estipulan las capitulaciones antiguas, que tengan que venir forzosamente bajo bandera francesa.» En la misma memoria dice Deshayes que los turcos eran los hombres mas orgullosos y mas arrogantes del mundo, pero que una larga experiencia le había enseñado que son amigos de los que los tratan duramente, y que son incapaces de entender otras razones mas que las que salen de las bocas de los cañones. «Es necesario, dice, que tras las amenazas sientan inmediatamente los golpes, y mejor sería imitar con ellos á los alemanes, que hacen jugar el palo antes de amenazar.»

Se ve que D'Arvieux propuso á su soberano medidas que el príncipe de Menschikoff habría encontrado probablemente demasiado feroces. Dice luego D'Arvieux que ya había quince buques de guerra franceses en el Mediterráneo y que podría aumentarse su número hasta veinte. Esta escuadra debería colocarse secretamente enfrente de las ciudades que guardan los Dardanelos. De allí se enviarían tres navíos y dos brulotes á las islas del Príncipe, donde desembarcaría

franceses harán custodiar los Santos Lugares por sacerdotes católicos. Este descubrimiento podría ser tachado de sospechoso si no faltase también en las citadas traducciones oficialmente conservadas un artículo, citado en la mencionada obra, que dice que en adelante debe residir en Constantinopla permanentemente un enviado francés y en Alejandría un cónsul francés; esto sin hablar de estipulaciones relativas al comercio, que es de suponer figurasen también en el mismo tratado.

(3) La descripción que Deshayes hizo de la iglesia del Santo Sepulcro y de todos sus santuarios es todavía hoy la mas hermosa y la mas exacta de cuantas existen, tanto que Chateaubriand la adoptó con notas suyas en su *Itinerario de París á Jerusalem*, con preferencia á muchas otras que enumera.